

Una chica en el interior de una cabina visionando una cinta de contenido pornográfico. /ALEJANDRO

# Vidas ADICTAS

## El siglo XXI impone dependencias jamás pensadas

SUSANA MORATALLA/JOSÉ OBRADOR ■ VALENCIA

No se ciñen al estereotipo común del adicto como rechazado y marginal. Son jóvenes universitarios, ejecutivos o amas de casa que un día se ven atrapados por un comportamiento obsesivo. Las llamadas socioadicciones avanzan sigilosas fruto de las necesidades que conlleva la vida moderna. La carencia de afecto, la baja autoestima y el deseo de éxito social son su caldo de cultivo.

"Un fin de semana se estropeó el ordenador. No podía estar quieto, daba vueltas nervioso por la casa y hasta me enfadé con mis padres. Me costó muchísimo reconocer mi adicción". En ese momento Jaime se dio cuenta de que estaba enganchado a los chats. Amparo Malea, experta en adicciones del Colegio Oficial de Psicólogos de la Comuni-

Sus vidas giran en torno a una única obsesión. No dependen de ninguna sustancia, pero sí de Internet, el sexo, las compras o, incluso, el trabajo. Las adicciones más recientes y menos conocidas toman tierra en la sociedad del siglo XXI y el mundo de quienes las padecen puede salirse de órbita.

dad Valenciana, destaca el papel de la familia: "Generalmente los padres son los primeros que se dan cuenta de que el adicto ha dejado de hacer vida normal y son quienes insisten para que acuda a un experto. Pero a la persona con algún tipo de adicción sólo se le puede ayudar cuando reconoce su problema", asegura la psicóloga.

### Motivos ocultos

La dependencia del chat es, según Malea, resultado de una carencia de vida social. Un caso similar es

el de los compradores compulsivos. "Son personas que se sienten bien cuando están rodeadas de gente. Lo hacen para no sentirse solas y porque necesitan estar continuamente ocupando el tiempo", explica José Manuel Otero López, profesor de Psicología Clínica de la Universidad de Santiago de Compostela y autor del primer estudio nacional sobre la adicción a las compras (oniomanía).

"Los oniomanos gastan de forma irracional. No evalúan ni calidad ni

precio y después no dan uso a los artículos adquiridos", señala.

La adicción al sexo, como la mayoría de las socioadicciones, se caracteriza por la experimentación de un placer momentáneo y compulsivo. "Es como quien come un caramelo y no lo saborea", resalta el sexólogo valenciano Joan Vilchez. La diferencia entre los adictos y las personas que simplemente disfrutan practicando el acto sexual "es que el sexoadicto lo hace para cubrir unas necesidades afectivas que normalmente se arrastran desde la infancia", subraya este experto.

### Esclavos de la oficina

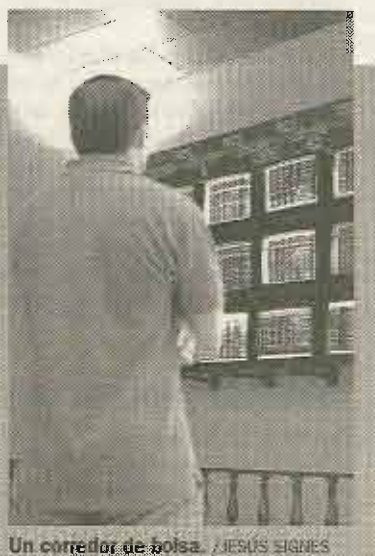
La obsesión por el trabajo está mucho mejor vista en la sociedad occidental. Consiste, según Amparo Malea, en dedicar demasiado tiempo a la actividad laboral, que llega a "convertirse en central, excesiva y reduce la vida familiar". El adicto al trabajo se diferencia del resto de socioadictos en que sí que reconoce su problema, pero no ve la necesidad de atajarlo. Además, la gratificación no es inmediata. Trabajar requiere un esfuerzo y la recompensa es el éxito social.

En todos estos casos, el tratamiento no se limita a los medicamentos, sino que requiere una terapia y un seguimiento. A veces acuden a expertos debido a los síntomas (insomnio, estrés o depresión) y es entonces cuando se descubre su adicción. A partir de entonces comienza lo más difícil. Recorrer el camino de retorno dependerá de la voluntad de cada persona.

## "Nadie lo considera un verdadero problema"

"No es que sean pocos, sino que su caso no se ve como algo problemático". Francesc Andreu, presidente de ACASEX, una asociación que trata diversas socioadicciones, pone el dedo en la llaga. Los adictos al trabajo son poco menos que invisibles en una sociedad que sobrevive a la entrega total al empleo. "Sólo he visto a dos en los últimos 13 años y, en la actualidad, no conozco a nadie", asegura.

"En Cataluña hace unos años di mitio un cargo público por exceso de trabajo y fue un boom. Pero no pasó de ahí", señala Andreu. Además, los adictos al trabajo están muy irritables los fines de semana, no duermen por la noche y son propensos a fumar o beber. Este experto hace hincapié en la falta de centros especializados en este tipo de adicciones, muy poco conocidas entre la población.



Un corredor de bolsa. /JESÚS SÍGUES

## "Llegué a mentir para conectarme"

Jaime, un joven valenciano ex adicto a los chats, no se llama así y guarda celosamente su anonimato. Reconoce que tenía una adicción, pero en su momento le resultó muy difícil. "Pasaba más de ocho horas diarias y, los fines de semana 15 o, incluso, más", asegura. "La vida familiar se resquebrajó, yo dormía cuando ellos se levantaban y empezaron las mentiras y engaños para poder conectarme un poquito más", explica.

"Me volví más huraño, introvertido, saqué lo imprescindible de mi cuarto y me enfadaba cuando me decían que estaba enganchado. Al final opté por dejarlo", concluye.

## "Nunca me sentía satisfecho"

Durante los últimos seis años, Carlos, que emplea un seudónimo, ha vivido un calvario debido a su adicción al sexo. Afirma que, con 31 años, "estaba obsesionado. Pasaba todo el tiempo libre con prostitutas, iba a sex-shops y a espectáculos porno, pero no me sentía satisfecho", confiesa.

Estas conductas terminaron por pasarle factura y dieron al traste con su matrimonio, pero él siguió sin reconocer su enfermedad. "No me atrevía a afrontar que tenía un problema y por eso no lo hablaba con mi mujer", explica.

Afortunadamente, su familia no lo dejó de lado y siguió un tratamiento. Hoy, este barcelonés está en proceso de reconciliación matrimonial y ha comenzado a mirar el sexo de otra forma. "Mi concepto de sexo ha cambiado totalmente. He aprendido a pensar en el otro, a no ser egoísta. Antes era sexo por sexo, ahora lo veo como un acto de amor", comenta.

## "Intentaba comprar el cariño ajeno"

La motivación de la adicción a las compras es reforzar la propia autoestima. Francesc Andreu, de 46 años y presidente de ACASEX, uno de los pocos centros para socioadictos de España, la ha padecido en carne propia. "Compraba discos, jerseys, muchísimas cosas, pero nunca para mí, intentaba ganarme el cariño ajeno".

Francesc tuvo que caer muy bajo para darse cuenta de su enfermedad. "Pesaba 49 kilos, perdí a mi mujer y mi hijo, e intenté suicidarme", confiesa. Mediante terapia él consiguió curarse y desde hace 12 años ayuda a personas que están en situaciones similares.